

## EDITORIAL

José Laborda Yneva



Nada más empezar el año, cuando todavía la mayor parte de los azares de estos meses intensos permanecían a la espera, el profesor Hernández Albaladejo —nuestro amigo Elías— se murió de repente. Estaba solo en su casa, con esa manera de comprender la soledad en compañía que fue su manera de vivir. Elías se sabía solo, aunque era experto en no darse a entender; su vida era un poco colectiva, vivía con todo el mundo y con nadie en particular, por eso quienes le conocíamos nos sentíamos exclusivos en su aprecio.

A Elías le gustaba la gente, sonreía siempre, tenía a mano las palabras que podían encajar con cada cual. Su presencia era leve y optimista, acaso un poco socarrona, acompañada por una de las sonrisas más naturales que quepa imaginar, una sonrisa que podía convertirse en risa con facilidad. Su cara se iluminaba entonces, la suya era una risa expansiva, capaz de transmitirse a cuantos estaban con él.

Además de sonreír, Elías conocía la Historia y las historias dentro de ella; asuntos de tamaño medio o menudo con los que era capaz de urdir tanto doctos relatos como leyendas. En eso, nuestro amigo Elías pertenecía a ya casi desaparecida estirpe de quienes practican con naturalidad el arte de conversar. Con su falta, la Escuela de Arquitectura de Cartagena ha perdido a su profesor más característico. Su presencia en ella suponía el contraste más intenso que hubiera podido imaginar la técnica. Estaba bien así, la actitud técnica de la arquitectura puede llegar a aprenderse, pero la sensibilidad orgánica que proviene del humanismo no puede ser improvisada, se tiene o no se tiene.

Su manera de explicar la historia era también orgánica, envolvente, con idas y vueltas, con desvíos que a veces conducían a unos u otros mundos inesperados según fuera el día o la circunstancia. Tendremos que arreglarnos sin él, sin su amable presencia.

Por lo que se refiere a nuestra revista P+C, nuestro amigo Elías formaba parte del grupo de redacción. Por el momento, nos ha parecido mejor dejar su sitio vacante, ya veremos. Pero, mientras tanto, hemos pensado que nuestro mejor recuerdo hacia él podía ser dedicar a su memoria el número de este año. Es ésa una antigua costumbre académica, escribir cosas que hubieran gustado a quien se recuerda. Cosas cercanas, en este caso, relatos de Murcia y Cartagena, sus dos predilecciones. ■